

Múnich 1972: entre glorias y sangre

John William Archbold

Docente universitario, investigador senior del Museo afro de Colombia,
john_archbold@museonacional.gov.co

Por razones diversas, la vigésima edición de los Juegos Olímpicos es una de las más recordadas de la historia. Para los colombianos, por ser la primera en la que nuestra bandera se ondeó en el podio de vencedores por el mérito de tres atletas costeños. Para el resto del mundo hay razones menos halagüeñas; durante esta se dio la incursión del grupo terrorista Septiembre Negro en la Villa Olímpica, la cual terminó con la vida de once miembros de la delegación israelí. Al acercarse unas nuevas y particulares Olimpiadas, nos dimos la oportunidad de conjugar esas dos perspectivas: Helmut Bellingrodt y Alfonso Pérez, nuestros primeros medallistas, nos cuentan en este relato cruzado cómo vivieron, cada uno por su lado, esa extraña comunión entre la gloria y la sangre, cuyas remanencias no han perdido vigencia casi medio siglo después.

La víspera

En abril de 1966, el Comité Olímpico Internacional seleccionó a Múnich como sede de los juegos de verano que se llevarían a cabo seis años más tarde. Era la consecución de un objetivo que Alemania Federal se había trazado tiempo atrás, y que combinó perfectamente con la selección del país como sede del mundial de fútbol dos años más tarde. Para Alemania, este logro significaba más que para cualquier otra nación: era la oportunidad de borrar el recuerdo de las Olimpiadas de Berlín en 1936, fraguadas por el Ministerio de propaganda del partido. Alemania en ese momento era el símbolo de la Guerra Fría, fragmentada por la ocupación estadounidense y soviética, aun así, los occidentales quisieron demostrar que nuevamente estaban en pie, mucho más firmes que sus coterráneos de oriente.

La preparación de estas Olimpiadas no escatimó recursos. Según el informe de Ferran Brunnet sobre el impacto económico de los juegos, la inversión del Comité Olímpico alemán dobló la

realizada por los mexicanos cuatro años antes. Desde su planeación las Olimpiadas alemanas prometían superar cualquier edición anterior. Ese nivel de inversión se vio traducido en la magnitud que alcanzaron los escenarios deportivos, la villa olímpica y la misma atención que se otorgó a los deportistas.

Al respecto, Alfonso Pérez recuerda: “Yo no había estado antes en una Olimpiada, pero otros deportistas que sí habían tenido la oportunidad comentaban que la acomodación había sido la mejor. En México los dormitorios tenían literas, mientras que en Múnich eran camas individuales. La villa tenía todas las condiciones y teníamos lo que necesitábamos las 24 horas. Los que fuimos medallistas tuvimos, incluso, atenciones especiales, como guías que se encargaron de mostrarnos la ciudad antes de regresar”.

La implementación de las tecnologías del momento era en definitiva un problema para los atletas colombianos, que generalmente estaban acostumbrados a entrenar con recursos más básicos. Adaptarse en plena competencia sería un desafío que iba a entorpecer el rendimiento de los mismos. Eso fue algo que previó Ernesto Bellingrodt mientras preparaba a sus hijos para su primera participación en los juegos. Con la ventaja de tener ascendencia alemana y estar casado con una ciudadana de ese país, Ernesto contactó a un amigo suyo en Múnich, le pidió que tomara fotos del polígono de tiro y las enviara a Barranquilla, proceso que tomó cerca de un mes. Su hijo Helmut tiene clara la importancia que esto tuvo a la hora de su presentación: “Aunque tenía características muy distintas a las del club de caza y tiro de Barranquilla, tener una referencia nos permitió llegar con mayor confianza a Múnich, porque ya nos habíamos visualizado en él y éramos conscientes de las diferencias que íbamos a encontrar. Otros deportistas quedaron

deslumbrados al llegar a la arena y eso los llevaba a ser menos efectivos, porque sentían que el escenario estaba por encima de ellos”.

Cuando ocurrió el secuestro de los israelíes y su posterior asesinato, no fueron pocas las críticas y conjeturas con respecto al esquema de seguridad que se manejó dentro de la villa olímpica, pero Helmut y Alfonso coinciden en que las medidas que se tomaban eran suficientes. Alfonso señala que la presencia de la Policía fue constante y que la entrada siempre mantuvo un mecanismo de control bastante minucioso para evitar el ingreso de bebidas alcohólicas. Helmut recuerda una anécdota que atestigua el nivel que mantuvo el esquema de vigilancia dentro de la villa: “Mi hermano Hanspeter tenía bigote y una pequeña barba cuando llegamos a Múnich y se la rasuró días después. Mientras nos movilizábamos en la villa, fue detenido en más de una ocasión por los miembros del equipo de seguridad, porque en la foto de su credencial aparecía con bigote. El sistema era adecuado para las condiciones en ese momento, nadie tenía una mente tan perversa como para imaginar lo que estaba por venir”.

El asalto

En la antigua Grecia se realizaban varios certámenes deportivos de gran envergadura, pero ninguno igualaba la solemnidad de los Olímpicos, ya que estos se celebraban en honor a Zeus, la deidad suprema de su panteón. Mientras la antorcha olímpica estuviera encendida, estaba prohibido hacer la guerra; era obligación de los gobernantes garantizar la paz durante su celebración, por lo que previamente se acordaban todo tipo de treguas. En la historia moderna de los juegos, ese principio no ha regido con la misma dominancia: tres ediciones fueron canceladas durante las dos guerras mundiales, y una cuarta se vio suspendida. Aunque fue tan solo durante 24 horas, la verdadera contradicción reside en que los juegos de Múnich fueron usados como campo de confrontación.

Una semana después del inicio de los juegos, la villa olímpica sufrió el asalto armado del comando palestino Septiembre Negro, que tomó el control del bloque donde se hospedaba la delegación israelí. Durante la toma tuvo lugar un tiroteo en el que dos de los deportistas fueron asesinados, otros lograron huir y nueve miembros de la delegación quedaron a merced de los terroristas. Para respetar la vida de los rehenes, estos exigían la liberación de 234 palestinos retenidos en cárceles

israelíes. El gobierno hebreo, encabezado por Golda Meir, se negó a ceder a esas pretensiones, por lo que la Policía alemana activó un plan de rescate que condujo a la muerte de los rehenes y de cuatro de los siete perpetradores.

El bloque en el que las víctimas estuvieron retenidas durante más de veinte horas estaba a tan solo doscientos metros de donde se hospedaba la delegación colombiana, lo cual permitió que Alfonso Pérez se convirtiera en testigo presencial del inicio de los hechos: “Eran como las cinco de la mañana y yo estaba en el corredor del segundo piso hablando con Alfonso Múnera Cabas, presidente de la Confederación nacional de boxeo, cuando de repente oímos los disparos y los gritos de los que lograron huir. Al principio no supimos qué era, pero cuando nos dimos cuenta de que se trataba de disparos nos tiramos al suelo. Cuando dejamos de sentirlos yo quise bajar a ver qué pasaba, pero Múnera no me dejó. Por los corredores se escuchaban varias versiones, nadie sabía a ciencia cierta lo que estaba pasando, pero la atención de la Policía y todo el mundo fue tan inmediata que yo no creí que las cosas iban a salir tan mal. En ese momento solo me preocupé por mi familia, por informarles que estaba bien. Después se anunció que los juegos estaban suspendidos hasta nueva orden, por lo que estuvimos en una incertidumbre total hasta que se dio ese fin”.

Las competencias de tiro habían finalizado un par de días antes, por lo que Helmut y Hanspeter Bellingrodt se preparaban para regresar a Colombia esa misma tarde: “La noche anterior habíamos estado en una comida con el coronel Guillermo Guzmán Vanegas, presidente de la Federación colombiana de tiro, y algunos miembros del Comité Olímpico para despedirnos y celebrar los resultados obtenidos. Por lo crudo del invierno europeo, las ventanas generalmente tenían un sistema de doble vidrio que ayuda a retener el calor, pero que también amortigua el ruido, por eso nosotros no sentimos absolutamente nada. Cuando me desperté a las siete de la mañana, miré afuera y vi varios helicópteros sobrevolando la villa, eso me pareció muy extraño porque no lo habíamos visto en los días anteriores. Cuando abrí la ventana y miré hacia abajo todo estaba lleno de policías y militares. En ese momento llamé a mi hermano y le dije: aquí está pasando algo raro. Bajamos inmediatamente sin siquiera bañarnos; cuando estaba en el lobby, un miembro de la logística preguntó quién de los colombianos viajaba ese día, cuando dije que

precisamente nosotros salíamos a las cuatro de la tarde, nos dijeron que no, que debíamos estar listos en una hora porque estaban evacuando la villa. Nadie nos explicó lo que estaba sucediendo y ni siquiera pudimos averiguarlo en el aeropuerto ni en las escalas. Vinimos a enterarnos de lo que había sucedido en San Juan de Puerto Rico, horas después, cuando ya habían asesinado a los rehenes. Ya en Barranquilla, después del recibimiento, algunos conocidos de la comunidad judía de la ciudad fueron a mi casa y me invitaron a un acto en honor a las víctimas que se llevó a cabo en la sinagoga Bet El. A pesar del cansancio por el viaje y el recibimiento, estuve allí. Fue un acto muy sentido, en el que estuvo incluso Monseñor Villa Gaviria, que era en ese momento el arzobispo de la diócesis. Muchas personas se me acercaron después para felicitarme y preguntarme por lo que había sucedido, pero en ese momento yo no tenía más información que ellos”.

Para Alfonso, que aún estaba por competir, lo sucedido cambió totalmente el curso de los juegos: “Ya no era igual, al principio todos estábamos felices por descubrir un país como Alemania, pero después de eso todos nos sentíamos inseguros. Yo solo pensaba en pelear rápido para devolverme a mi país, los demás estaban igual. El mismo presidente de aquel momento, Misael Pastrana, se encargó de llamar a la delegación y de darnos ánimo. Cuando me devolvía para Colombia, dentro del avión, te juro que yo tenía mi medalla en las manos y pensaba en esos pobres muchachos que, al igual que nosotros, habían partido con el sueño de representar a su país y lamentablemente encontraron ese fin tan injusto. Me sentía tan mal que hice algo que nunca había hecho: llamé a una de las azafatas y le pedí que me diera alguna pastilla, algo que me pusiera a dormir, a pesar de la alegría, era difícil no entristecerse”.

Repercusiones

Un mes después de las Olimpiadas, un avión de Lufthansa, la aerolínea más grande de Alemania fue secuestrado por otro grupo palestino que exigía la liberación de los tres terroristas sobrevivientes, lo cual fue inmediatamente atendido por el gobierno alemán. La primera ministra de Israel respondió ordenando la persecución de todos los que habían tenido algo que ver con lo sucedido, en una operación que fue conocida como La ira de Dios. El director de origen judío Steven Spielberg llevó la historia al cine hace algunos años en un film titulado *Múnich*.

La continuidad inmediata de los juegos fue un factor bastante discutido, especialmente después de que el gobierno de Israel ordenara el retiro completo de su delegación. Helmut Bellingrodt encuentra en esto un factor positivo: “Si la misión era detener los juegos, el gobierno de Alemania y el Comité Olímpico dio una lección de fortaleza al mantener los planes tal y como estaban”. Alfonso, que permaneció en los días siguientes, también apoya el hecho de que los juegos siguieran adelante, pero no concordó con que en muchos momentos la organización actuara como si nada hubiera pasado: “Mucha gente se ofendió y tenían razón”. Eso, teniendo en cuenta la historia de Alemania y el pueblo judío, daba lugar a unas impresiones nada agradables.

El esquema organizativo y la operación de los juegos posteriores habría de cambiar para siempre, como pudo constatar Helmut en las Olimpiadas de Montreal en 1976: “El sistema de seguridad de los canadienses y en los años siguientes se volvió molesto, algo excesivo, tanto en la entrada y salida de la villa como para acceder a los polígonos y especialmente para el transporte de las armas. Fue algo dispendioso, aunque comprensible”. Esos férreos esquemas se mantienen hoy, porque si algo hemos entendido cuatro décadas más tarde es que son cada vez menos los espacios del mundo que se encuentran exentos de la amenaza del terrorismo.

A pesar de ello, no hay razón para detener los esfuerzos, eso nuestros campeones lo tienen claro. Hoy ambos sobrepasan los sesenta años y siguen haciendo parte del mundo que les ha dado todo y, a través del cual, ellos han regalado lo mejor de sí. Alfonso continúa apoyando en la parte técnica como entrenador, una carrera en la que ha formado cinco campeones mundiales y de la que no vislumbra un retiro próximo. Igualmente sucede con Helmut, quien ha hecho parte de distintas confederaciones de tiro a nivel mundial y que actualmente se prepara para seguir aportando su experiencia desde el Comité Olímpico colombiano, con toda la intención de que el apoyo a las nuevas y pasadas generaciones de deportistas sea óptimo. Ambos coinciden en que no podrían vivir alejados de este mundo, y la razón queda bastante clara: una experiencia como la vivida en Múnich demuestra que el deporte tiene la capacidad de dignificar al hombre, incluso por encima de la misma miseria que nuestra naturaleza puede invocar. 🇺🇸



Rosenberg Sandoval @rosenbergandovalg, Mapas rotos - Amazonas (2014) Dibujo hecho sobre papel atacado a puñal. Registro José Kattán